

Y todo el bien apurar;
 De los sueños y la dicha
 Volver á la realidad,
 Despertando entre las flores
 De un césped primaveral;
 Los dos mirándonos mucho,
 Los dos besándonos mas,
 Ese es el amor, mi vida,
 ¡Esa es la felicidad!

1872.



ODA

Ante el cadáver del Dr. José B. de Villagran.

Si la vida es un cielo, y si la muerte
 Es la noche mas negra de ese cielo,
 Cuando el hombre al morir deja encendida
 La luz inmaculada de sus huellas;
 Cuando igual á la tarde,
 Sucumbe coronándose de estrellas
 Y haciendo en su caída
 De un astro nuevo aparecer la cuna,
 Entónces esa sombra maldecida
 Que se alza del abismo de la nada,
 Si es la noche en el cielo de la vida,
 En el cielo del triunfo es la alborada.

La tumba se convierte
 En el primer peldaño de esa escala
 Que los Jacob del genio sueña tanto;
 La lira de la muerte
 En lugar de un gemido ensaya un canto;

Y la cripta mortuoria
 Se cambia ante la losa que la cierra,
 En la última jornada de la tierra
 Y en la primera jornada de la gloria.

Allí es donde comienza ese paisaje
 Con que á su fé y á su destino fieles,
 Deliran en su afan los soñadores,
 Donde está la partida de ese viaje
 Que tiene por bellissimo miraje
 Todo un mundo de palmas y de flores....
 Allí es donde el Colon-inteligencia,
 Divisando en la playa de su anhelo
 La santa realidad de su creencia,
 Se alza en todo el vigor de su conciencia
 Gritando al verla y al tocarla.... *cielo!*

La muerte no es la nada
 Sino para la chispa transitoria
 Cuya luz ignorada
 Pasa, sin alcanzar una mirada
 De la pupila augusta de la historia;
 Pero la flor que muere y que se inclina
 Falta de aliento y de vigor al suelo,
 Sigue viviendo aun en el mismo ocaso
 Que de sus ricas galas la despoja,
 Cuando al rodar del vaso la última hoja
 Queda su esencia perfumando el vaso.

Tú sucumbiste así; y aunque el abismo
 Al mundo robe con tu cuerpo un hombre,
 Tú para el mundo seguirás el mismo
 Miéntras viva el perfume de tu nombre;
 Por eso es el sentimiento
 Que en torno á este ataúd nos ha reunido,
 No es el dolor hipócrita que al viento
 Lanza la inútil queja de un gemido;
 No es el pesar que apaga su lamento
 En el silencio ingrato del olvido,
 Sino el piacer que brota y se levanta
 Sobre la eterna marca de tus huellas,
 Y que del himno que escribiste en ellas
 Hace el himno inmortal con que te canta

Venimos á ceñir sobre tu frente
 La corona de luz que tú querías;
 A recojer para tu fé naciente
 La llama que en tu espíritu escondías....
 Y al mundo triste y de dolor cubierto
 Que aguarda á que la tumba te devore,
 Venimos á decirle que no llore,
 Venimos á decirle que no has muerto....

Que hoy es cuando tú naces
 A la luz de la gloria y de la vida,
 Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
 Tu entrada por la tierra prometida;

Que en vez de ser testigos
 De un crepúsculo débil que se apaga,
 Los que hoy venimos á entregar un nombre
 Al antró de las sombras eternas,
 Venimos á encender en su desierto
 El sol que se alza de ese libro abierto
 Donde quedan tus hechos inmortales.

1872



AL RUISEÑOR MEXICANO

Hubo una selva y un nido
 Y en ese nido un jilguero
 Que alegre y estremecido,
 Tras de un sueño querido
 Cruzó por el mundo entero.

*

Que de su paso en las huellas
 Sembró sus notas mejores,
 Y que recojió con ellas
 Al ir por el cielo, estrellas,
 Y al ir por el mundo, flores.

*

Del nido y de la enramada
 Ninguno la historia sabe;
 Porque la tierra admirada
 Dejó esa historia olvidada
 Por escribir la del ave.

*

La historia de la que un día,
Y al remontarse en su vuelo,
Fué para la patria mia
La estrella de mas valía
De todas las de su cielo.

*

La de aquella á quien el hombre
Robara el nombre galano
Que no hay á quien no le asombre,
Para cambiarlo en el nombre
De ruiseñor mexicano.

*

Y de la que al ver perdido
Su nido de flores hecho,
Halló en su suelo querido
En vez de las de su nido
Las flores de nuestro pecho.

*

Su historia . . . que el pueblo ardiente
En su homenaje mas justo
Viene á adorar reverente
Con el laurel esplendente
Que hoy ciñe sobre tu busto.

*

Sobre esa piedra bendita
Que grande entre las primeras,

Es la página en que escrita
Leerán tu gloria infinita
Las edades venideras;

*

Y que unida á la memoria
De tus hechos soberanos,
Se alzará como una historia
Hablándoles de tu gloria
A todos los mexicanos.

*

Porque al mirar sus destellos
Resplandecer de este modo,
Bien puede decirse entre ellos
Que el nombre tuyo es de aquellos
Que nunca mueren del todo.

1872



LA VIDA DEL CAMPO

Beatus ille qui procul negotiis . . .
HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
Fué quien se alzó el primero,
Echando á noramala la cultura
Y hablando de la dicha y la ventura
Que se goza viviendo á lo rancharo;
Yo no sé si el buen vate poseería
Quinta ó hacienda ó lo que allá se estile,
Ni si viviendo en ella se hallaría
Cuando dió en escribir su *Beatus ille*;
Pero el hecho y el caso
Es que desde él á Rosas,
Sin contar á fray Luis y á Garcilaso,
No hay poeta que no hable á cada paso
De la vida del campo y de sus cosas;
Y tanto de magnífico y de bueno
Nos dicen de esa vida,

Y tanto nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
Que ganas dan deveras
De comprar unas buenas chaparreras,
De abandonar el fieltro por el ancho,
El baston por la reata,
Y adios diciendo á la ciudad ingrata,
A caballo ó á pié lanzarse á un rancho.

Y como esos señores
Saben decirlo y presentarlo todo
Con ese *meomodeodo*
Exclusivo á los buenos escritores,
De aquí resulta en consecuencia clara,
Que ante cuadros tan bellos y felices,
Más de cuatro lectores
Se quedan con un palmo de narices
Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que ménos
Es seguro que exclama:
"Oh! la vida del campo! Cuán hermoso
Debe de ser en la abrasada siesta
Gozar de la frescura y del reposo,
Cabe la márgen del riachuelo hundoso
Que corre serpenteando en la floresta"
O bien si se halla cerca la señora
Con la que piensa dar en el *busilis*,

Y que tiene por fuerza que ser Filis
 Desde el momento en que entre á labradora,
 Le dirá: "Por la tarde, Filis mia,
 Nos iremos al monte, y desde el monte
 Verás cuán grato es al morir el día
 El cuadro que presenta el horizonte."
 Y esto, que ciertamente
 Es de una grande y poética belleza,
 Le parece al *señor* tan convincente,
 Que sin andarse *en chicas*
 Ni pensarlo primero,
 Se mete de ranchero en la confianza
 De que el dolor no puede ser ranchero.

Ah! si yo refiriera una por una
 Las víctimas que debe
 Este error que en el siglo diez y nueve
 Va haciéndose tan raro por fortuna!
 Sin caminar mas lejos,
 Yo que conmigo aun no me reconcilio
 Por haberme buscado esa desgracia,
 Yo soy el mas completo verbi-gracia
 De un mártir de su amor por el idilio.

Dióme hace tiempo ya por la manía
 De leer y releer cuanto á mis manos
 Sobre la vida pastoril caía,
 Y tanto dí en pensar de noche y día

Sobre los bienes rústicos y urbanos,
 Que convencido al fin de que la corte
 Solo es del mal y del dolor la senda,
 Exclamé: que el demonio te soporte....!
 Y despues de pedir mi pasaporte
 Me puse en direccion para una hacienda.

Aun no asomaba el rubicundo Febo
 Poniendo al universo como nuevo,
 Y el saltador y alegre jilguerillo
 Aun no alzaba su canto entre las breñas,
 Cuando yo y mi tordillo,
 Un animal muy bruto por mas señas,
 Atravesando cerros y asustando
 Aquí á un conejo y mas allá á una liebre,
 Ibamos ya en vereda y caminando
 Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Despues de una hora larga
 De correr y correr á la ventura,
 A despecho y pesar de mi andadura
 Que protestaba ya contra la carga,
 Más que pesada, dura,
 Y más que dura y que pesada, amarga,
 Pues era nada ménos mi amargura;
 Despues de una hora impía
 De correr y de andar inútilmente,
 Sin poder distinguir ni aun vagamente

Las señales de alguna ranchería,
 Dimos por fin con una
 Donde cansados ya de correr tanto,
 Mi animal se alzó y dijo: *qué fortuna!*
 Y yo me bajé y dije: *aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros
 Se me echaran encima, fué todo uno;
 Pero á la voz de alarma
 Salieron de la choza unos pastores,
 Y cojiendo unas piedras, que son la arma
 De que se valen siempre esos señores,
 A su sola presencia fué acabando
 Del canino furor hasta el resíduo,
 Y yo pude por fin en eco blando
 Cantar la instalacion de mi individuo!

—!Oh habitantes felices
 De esta comarca rústica y tranquila...!—
 Les dije yo tan luego
 Que ví á los canes en lugar seguro;
 —Yo vengo aquí tras del feliz sosiego
 Que en el alma del labriego
 Derrama este aire embalsamado y puro,
 Cansado de la vida
 Que se lleva en la corte aborrecida;
 Yo vengo con el mal que me destroza
 Y que gimiendo mi zampoña exhala,

A que me deis un sitio en vuestra choza,
 Media torta de pan y una zagala.—

Así fué, sobre poco mas ó ménos,
 El pequeño y tristísimo discurso
 Que improvisé al mirarme entre el concurso
 De aquellos hombres rústicos y buenos;
 Y media hora despues, una pastora,
 No Flérída ni Arminda,
 Pero, eso sí, tan linda
 Que casi era una chica encantadora,
 Se presentó á mi vista completando
 Con un trozo de pan que me traía
 Las tres cosas aquellas
 Y haciéndome gozar con todas ellas,
 De modo que yo dije: *aquí es la mía!*
 Nunca lo hubiera dicho,
 O por mejor decir, no lo hubiera hecho,
 Pues apenas sintió ella sobre su hombro
 Un beso que le dí en mi desvario,
 Cuando con triste asombro,
 Cayó de mi ilusion sobre el escombro
 Un bofetón de Dios y Señor mio!

Despues de que comí aquel pan amargo
 Al que hizo mas amargo este detalle,
 De mi fé y de mis creencias en descargo
 Pronuncié suspirando un *sin embargo*,

Y me puse en camino para el valle...
 Allí, pensaba yo, miéntras seguía
 El mejor y mas cómodo sendero,
 Allí bajo de un olmo
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,
 Ya que la pérvida esa
 A mi pena y dolor ha puesto colmo,
 Bajo sus verdes y brillantes hojas
 Iré á llorar la pena que me mata;
 Y si la muy ingrata
 Va á reirse aún allí de mis congojas,
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco
 Ni una sonrisa de su amor merezco,
 O le hago comprender lo que padezco,
 O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,
 Como en la alma de un poeta de veinte años,
 Todo estaba tan seco y tan marchito
 Como ella á los primeros desengaños,
 Los árboles sin ramas y sin hojas,
 La yerba macilenta y amarilla,
 Y en medio de ese cuadro y á lo lejos,
 Un arroyo estancado á cuya orilla
 Rumiaban con afán los toros viejos;
 Ante tal panorama,
 Yo que soñaba coronar mi frente
 Con las flores cojidas á una rama

De las verdes y muchas de la fuente;
 Yo que soñaba en recrear mi oído
 Con la canción dulcísima y sabrosa
 Del tordo filarmónico escondido
 Cabe las ramas de la selva umbrosa,
 Me senté sobre el tronco de un encino
 Y me puse á llorar con tantas ganas,
 Que los cielos al verme y al oírme
 Llorar con un dolor tan verdadero,
 Empezaron también recio y de firme
 A gemir y á llorar un aguacero.

Ay! cómo, y cómo entónces
 Extrañé los *simones* de la plaza
 Y cómo fué aquel líquido elemento
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,
 El mejor y mas sólido argumento
 Para obligarme á ver que estaba loco,
 Cuando llegué á la choza, las estrellas
 Brillaban ya en el éter indeciso,
 Y en derredor del fuego
 Que alumbraba muy poco ciertamente,
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,
 Pero para ellos bueno y necesario
 Bajo la voz de un viejo, un poco viejo,
 Rezaban todos juntos el rosario.
 Esto sí no es conmigo,
 Me dije yo al primer *Santa Maria,*

Viendo que no era aquella la mas propia
 Ocasión de salvarme del infierno,
 Y encontrando en la fé que mi alma acopia,
 Que aquella copia era muy mala copia
 Para darle el valor de un Padre Eterno!
 Y como el sueño, gente que no reza,
 Me estaba ya doblando la cabeza
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma
 Sus primeras y dulces vaguedades,
 Me decidí á dormir en santa calma
 Para acabar con tantas necedades....

—El sueño por lo ménos
 Me hará gozar de la ilusion que ansío,—
 Pensaba yo temblando
 Y estremecido todo por el frio!
 —Y como ellos me han puesto en este brete
 Que peor no puede ser segun barrunto,
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete
 Y les diré lo que hay sobre el asunto....!

Y me dormí... pero una santa gota
 Que cayendo del techo
 Me hallé con que á la
 Con una precision constante y rara,
 Bajaba desde el techo hasta la cara
 Para seguir despues por todo el pecho,
 Mé obligó á despertar en el instante
 En que soñaba yo, lleno de galas,

Bailar bajo la luz de un sol brillante
 Entre un grupo magnífico y radiante
 De blancas y bellísimas zagalas.

Ah! y lo que roncan esas buenas gentes,
 Que á los mas fuertes árboles destroncan,
 Y que hacen tanto ruido con los dientes
 Que parece mentira lo que roncan!
 Nunca me hubiera yo ni sospechado
 Ver por aquellos mundos,
 Reunidos y durmiendo lado á lado
 Tantos *bajos profundos*....

Así es que hallando aquello peor que el rezo,
 Pues era uno calumnia contra el arte,
 Le dí gracias á Dios y despues de eso,
Me largué con la música á otra parte.

Metido entre un trigal y decidido
 A terminar con él lo que era fácil
 No estando muy crecido,
 Me encontré al animal de mi caballo
 Tan dado y atareado en su faena,
 Que á no ser por un medio
 Muy usado y comun entre animales,
 Probablemente no hallo otro remedio
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aun no asomaba iluminando al mundo
 La dulce claridad del rubicundo,

Y la pastora aquella
 Aun no se alzaba á ver la última estrella,
 Cuando cansado ya de ser tan loco
 Y de soñar en lo que ya no pasa,
 Rompí de mi ilusion las dulces redes
 Y me volví á la corte y á mi casa,
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

1873

ODA

á la memoria del eminente naturalista

EL DOCTOR LEONARDO OLIVA

Si eso fuera verdad, si fuera cierto
 Que la última palabra de la vida
 Es la palabra débil y no oída
 Con que del mundo se despide un muerto;
 Si la existencia humana
 Solo durara lo que dura el soplo
 Que la alienta y la empuja en su camino,
 Y si el límite negro de las tumbas
 Fuera el límite impuesto á su destino;
 La majestad que su mision encierra
 Con su aliento vital se perderia,
 Y el cadáver de un sabio no seria
 Sino un cadáver mas sobre la tierra.

Pero, no! que si el golpe de la muerte
 Es bastante á doblar bajo su peso
 Lo mismo que al idiota al baron fuerte,
 Jamás podrá la tumba